

HISTORIA Y LITERATURA EN LA OBRA DE JOSÉ MARÍA JOVER ZAMORA

Por el Académico Correspondiente
Excmo. Sr. D. José Manuel Cuenca Toribio*

INTRODUCCIÓN

“Es evidente que cada tipo de fuentes requiere una técnica de utilización adecuada a su peculiaridad, si realmente se desea sacar de las mismas todo el partido posible con miras a la reconstrucción del pasado. Ahora bien, la fuente literaria, que posee una importancia excepcional, tiene una metodología y unas técnicas precisas para su utilización en función de la literatura misma; pero en lo que se refiere a su aprovechamiento como fuente histórica sólo cuenta hasta el momento con escasas aunque importantes aportaciones”¹. El egregio historiador que es ahora objeto de tan merecido homenaje por un haz de relevantes contemporaneístas que fueron un día sus discípulos directos, asentiría sin duda complacidamente al anterior juicio debido a dos motivos esenciales. En primer término, por su exactitud y precisión, y, en segundo lugar, por su formuladora, la persona más cercana a su vida y obra durante más de cincuenta años de su fecunda existencia.

Sintomática y pesarosamente, pese al colmado tercio de siglo que ha transcurrido desde que dicha aseveración quedase estampada en el pórtico de un libro en extremo revelador de la España canovista, observada a través del prisma de uno de sus literatos más afamados y representativos, la queja o denuncia expresada por la Profesora Gómez-Ferrer no ha perdido nada de su actualidad y vigencia. De todos los terrenos por los que transitara la enojada pluma del catedrático murciano, éste, el de las relaciones entre literatura e historia, continúa siendo el menos roturado por los investigadores. Las muchas y laboriosas promociones incorporadas al oficio de

¹ Gómez-Ferrer, G., *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*, Oviedo 1983, p. 20.

Clío en su vertiente contemporánea han seguido la estela del gran maestro en áreas tales como la historia cultural, la diplomática o la social; pero son muy escasos aquellos de sus miembros entregados al análisis del diálogo y los enjundiosos préstamos entre dos disciplinas fundamentales para la reconstrucción de cualquier periodo de la España de los últimos siglos. A la inversa, en los dominios de los críticos e investigadores literarios, nos encontramos con idéntico panorama, con mayor desolación, si cabe. En el enjambre rumoroso de coloquios, congresos y simposios sobre toda suerte de campos y materias de las denominadas ciencias sociales que pueblan la abultada nómina de celebraciones de tal índole, también son muy menguados y, en la práctica, casi inexistentes, los que han tenido como sujeto el referido marco de los intercambios entre historia y literatura en orden al estudio de nuestro pasado reciente. Las causas de tan llamativo y lamentable fenómeno han de ser forzosamente muchas y de notable calado, y su pesquisa habrá de quedarse para otra ocasión y plumas más abastadas que las del emborronador de los presentes renglones. Mas, con toda seguridad, al contemplarlo a la fecha, el autor de *Carlos V y los españoles* no podría ocultar su decepción al ver defraudadas sus esperanzas reiteradamente manifestadas en que dicha vía se convirtiera, con el paso del tiempo, en una de las grandes autopistas del conocimiento de la entraña de la identidad nacional en su recorrido último.

LA IMPORTANCIA DE LAS FUENTES LITERARIAS EN LA PRODUCCIÓN JOVERIANA

Desde el arranque en tono mayor de su producción historiográfica con su deslumbrante tesis doctoral *Historia de una polémica y semblanza de una generación* (Madrid, 1949), las fuentes literarias serán de recurrente empleo en su tarea por los territorios de la España moderna y contemporánea. La abundosa publicística menor y mayor del periodo de la Guerra de los Treinta Años, en que se ventiloó a cara y cruz el destino de la Monarquía Católica como rector y árbitro supremo de la política europea y, con ella, de la mundial, alimenta la porción más extensa y sustantiva de un libro todo él frutivo y esclarecedor. A primera vista se advierte que el autor se mueve con envidiable desenvoltura en la *selva selvaggia* de la folletería de la época y construye sobre su nevadura el edificio de sus tesis. La circunstancia de que su coterráneo el gran Saavedra y Fajardo representara un papel axial en el discurrir de ese capítulo de la España del XVII probablemente influyese en la ostensible empatía con las fuentes literarias mostrada por Jover en su análisis. Aunque de espíritu universal y, con bastante seguridad, de coordinadas las más cosmopolitas entre los estudiosos de su hornada académica, el contemporaneísta murciano estuvo honda y recatadamente entrañado en su paisaje telúrico y emocional, en el que la inmensa figura del autor de las *Empresas políticas o Idea de un príncipe cristiano representada en cien empresas* ocupaba un lugar prominente. Si, como a las veces se afirma, el signo de la obra del investigador universitario viene dado casi

ineluctablemente por la piedra miliar de su andadura bibliográfica, la de Jover sería así un paradigma de ello².

Dos años después del libro susomestado, un preciado y precioso opúsculo del flamante catedrático valenciano —*Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España del siglo XIX*— vino a trazar definitivamente la hoja de ruta de su navegación historiográfica. El ochocientos iba a centrar los trabajos y los días de su autor y la literatura como una de las referencias principales de sus estudios gozaría en ellos de trato singular. El punto de partida de ese itinerario en las páginas del mencionado opúsculo no podía ser ni más abrigado ni más revelador: todos los temas enriquecidos por su pluma en una titánica labor de medio siglo quedaban allí registrados, con la importante salvedad de las relaciones internacionales, dimensión historiográfica que drenó, en años sucesivos, gran cantidad de sus energías investigadoras. En el despuntar de un decenio que se mostraría decisivo para el consolidamiento del contemporaneísmo español sobre firmes bases —*La crisis política del Antiguo Régimen en España. 1808-1840*, de F. Suárez Verdeguer; *Cánovas. Su vida y su política*, de Melchor Fernández Almagro; I tomo del *Cambó*, de J. Pabón; *Los Afrancesados*, de M. Artola; *Historia del constitucionalismo español (1808-1936)*, de L. Sánchez Agesta; *Los primeros pronunciamientos en España. 1814-1820*, de José Luis Comellas García-Llera; *Industrials i Politics*, de J. Vicens...— el pequeño libro —en dimensiones materiales, se repetirá— encontró inmediata y resonante audiencia en los sectores más juveniles de la historiografía nacional, reafirmando vocaciones indecisas y marcando rutas sugestivas. El mensaje contenido en su texto —la razón y, sobre todo, la justicia histórica se colocaban, en la conflictiva contemporaneidad nacional, de parte de los estamentos populares, incomprendidos en sus legítimas reivindicaciones hasta llegar a “la guerra civil”— remecería a dichas hornadas moceriles, atónitas ante un escrito de tal libertad de espíritu y vibración ética, patrocinado por la Dirección General de Información del flamante Ministerio de Información y Turismo y alentado fervorosamente por el mismo titular de la primera y presidente del Ateneo de Madrid —(cargo entonces anejo a aquella)—, el catedrático de Historia de los Descubrimientos Geográficos de la Universidad Central, Florentino Pérez Embid, admirador incondicional de Jover³.

Al término de aquella década tan crucial en el curso del pasado inmediato de nuestro país, esa joya al par estilística y sustantivamente que es la breve monografía *La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación* (Zaragoza, 1959) refrendaría la vocación contemporaneísta e íntima familiaridad de Jover con la gran literatura —mejor, y más exacto, sería quizá decir

² Cfr. Cuenca Toribio, J.M., “La historiografía española sobre la edad contemporánea”, *apud* Andrés Gallego, J., *Historia de la historiografía española*, Madrid, 2003.

³ Vid. Cuenca Toribio, J. M., *La obra historiográfica de Florentino Pérez-Embid*, Madrid, 2000.

novelística— del siglo, muy particularmente con la inabarcable producción galdosiana, para él cifra y compendio en la aproximación y comprensión de la etapa decimonónica (adjetivo, por cierto, para el profesor levantino, reluctant...)⁴.

Antes, sin embargo, de que, con su traslado a Madrid —1964—, quedara consumado por entero dicho proceso, sus contribuciones a la iluminación de pasajes capitales de la modernidad hispana se beneficiaron igualmente del uso continuo de las fuentes literarias para aumentar el paralaje de la visión y consolidar el espesor de las conclusiones. Con el del primer Borbón, el reinado del César Carlos concentró, según es hartamente conocido, los afanes investigadores de Jover por la ancha geografía de la España moderna. En los momentos en que estas incursiones se acometieran, como bien se recordará, una revolución metodológica, más que un giro copernicano, habíase verificado en el enfoque del pasado; y la Escuela de los *Annales* usufructuaba una hegemonía absoluta en el rumbo y planteamiento de los trabajos de los historiadores de antenas más sensibles y actualizadas. Curiosamente, ninguno de los patriarcas parisinos destacaba por su inclinación hacia las fuentes literarias, especialmente, Braudel, pero tampoco Febvre —estudioso y glosador, mas sin exceso, de la obra rabelesiana y erasmiana—, como igualmente había ocurrido poco antes con M. Bloch, tal vez el de mayor capacidad y fuerza mental y expresiva de esa impar triada capitolina⁵. Admirados en sumo grado por Jover fue, empero, la obra de uno de los discípulos marxistas del autor de *Combats pour l'histoire*, Noël Salomón, descollante catedrático de literatura e hispanista en la Universidad bordolesa, la que se descubriría como la de mayor ascendiente, en el plano metodológico y conceptual, sobre la joveriana. En la espejeante tesis doctoral de Salomón —*Recherches sur le thème paysan dans la "comedia" au temps de Lope de Vega* (Burdeos, 1965)—, Jover comprobó, a través del virtuosismo bibliográfico de aquél, la riqueza historiográfica derivada de la estrecha y buena vecindad con las fuentes literarias⁶.

Por las referidas calendas —comedios de los cincuenta de la centuria pasada— Vicens Vives constituía con Braudel y Febvre la triada de historiadores coe-

⁴ “Tengo a Galdós por mi primer maestro de Historia, al cual debo —desde los primeros años de nuestra posguerra— el atractivo que el siglo XIX ha ejercido y ejerce sobre mí. Conceptos y categorías científico-sociales, métodos, técnicas de trabajo, planteamiento de problemas: todo ello, ciertamente, lo he aprendido en otros magisterios (...) Pero mi concepción ética de la Historia, mi concepción de la Historia de España como historia del pueblo español, mi solidaridad visceral con el pueblo anónimo que vive, trabaja, lucha, fecunda y muere —para descansar, frecuentemente, en la tierra de fosas comunes que nadie recuerda—, todo ello es algo que he recibido, de manera inmediata, de Galdós. Y, en el fondo, de los mismos hontanares en que Galdós bebiera: su cristianismo, su talante liberal —expresado y vivido más como respeto a la libertad y al decoro del prójimo que como afectada observancia de unos principios de escuela—, su aceptación de la virtualidad conductora de la historia, rectificadora de la historia a través de una apelación ética, que subyace en el pueblo; quiero decir en los humildes, y en los que mueren sin dejar su nombre en ningún manual ni en ningún bronce”. *Política, Diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, Madrid 1976, p. 38.

⁵ *Ibid.* Cuenca Toribio, J.M., *Cartas a un joven historiador*, Madrid 2006.

⁶ *Ibid.*

táneos más estimada, por su poder innovador y sugestividad creadora, por el cate- drático valenciano. Con peralte mayor aún que la pareja francesa, el historiador gerundense semejava alérgico al manejo y recurso a la literatura. Dotado de innu- merable registros en su refulgente escritura, plena a menudo de vigor y belleza, al igual que sucedía con los astros galos acabados de citar, el autor de *Ferran II i la Ciu- tat de Barcelona, 1479-516* no compartía con su colega valenciano la alta valoración de la literatura como fuente a menudo de capital trascendencia en la repristinización del ayer. Aquí radicó uno de los motivos que condujeron —polémica más o menos soterrada incluida— al desencuentro entre ambos. Pese a ello, Jover se comportó con admirable elegancia en su alto aprecio de la obra vicensiana, a la que en ningún momento dejó de tributar los más rendidos elogios⁷. En los antípodas de esta orfan- dad magisterial o generacional del profesor cartagenero se hallaba la figura de uno de sus catedráticos en la Universidad Central, D. Jesús Pabón y Suárez de Urbina, de acreditado pedigrí literario en sus inclinaciones y currículo bibliográfico. Por razo- nes de obligada omisión en un trabajo de la naturaleza del presente, un hado adverso provocó la escasa y formal relación mantenida entre los dos insignes contempora- neístas, con resultado, desde luego, muy desgraciado para los estudios de dicha temática en nuestro país.

Acompañado por algún que otro colega de aulas universitarias o generación o Academia, como, por ejemplo, José Antonio Maravall, Julio Caro Baroja, Miguel Herrero García —los tres “afincados singularmente en la España de los Austrias y con un uso sobre todo erudito y “documental” de las fuentes— y el sobresaliente con- temporaneísta toledano, Carlos Seco Serrano, es, no obstante, lo cierto que el inter- rés inembridable de José María Jover por la novela de finales del XIX y comienzos del XX —la de la llamada con límites muy imprecisos y, con frecuencia, arbitrarios, “Edad de Plata”— como sustento y pilar básico de la reconstrucción de ese mismo periodo y del inmediatamente anterior, se nutrió, en esencia, de sí mismo. La meta más afanosamente perseguida a lo largo de la dilatada y ancha producción de Jover —la recuperación vívida y fiel del humanismo popular, del encarnado y protagoni- zado por unos hombres y unas mujeres transidos de noble idealidad e incompara- ble solidaridad y espíritu de justicia, de cepa, consciente o inconscientemente, cris- tiana— sólo creyó alcanzarla, en las raras y muy ocasionales confidencias a sus devotos lectores, mediante el estudio ahincado y la descripción de la mentalidad de esas clases por autores como Galdós y, más circunstancialmente, la Pardo Bazán o el Blasco Ibáñez de *La Bodega*⁸.

Esta sensación de soledad en la búsqueda de instrumentos crecientemente refinados y numerosos para la relación fructífera entre literatura e historia siempre

⁷ Cfr. *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid 1999, en especial, pp. 58-71.

⁸ Cfr. *Política, Diplomacia y...*, p. 39.

ennortada por la mayor perfección de la última, se mantendrá a los ojos del lector avisado hasta el final de las reflexiones joverianas en torno al tema. A lo largo de toda esta acuciante meditación acerca del utillaje literario cara al óptimo ejercicio del oficio de Clío, Jover no perdió jamás de vista la índole absolutamente instrumental que para sus profesionales poseía la literatura, sin que nunca su empleo o recurrencia alterasen la identidad de la disciplina. Cuando dicha cuestión llegara a formularse con una revisión radical si no rupturista del quehacer historiográfico mediante la conocida teoría del “giro lingüístico”, en el cruce del siglo XX al XXI, el catedrático madrileño estaría empeñado, absorbentemente, en otros menesteres —de la misma profesión, obvio es aclararlo, habida cuenta de su pasión por el estudio—. De esta forma, quedamos privados de la respuesta al gran desafío comportado por dicha tesis para el porvenir de la historia de quien fuese en España uno de los analistas más agudos de los postulados teóricos del menester historiográfico, empeño erigido de ordinario en nervio último de su progreso.

En la tarea, de menor gálibo doctrinal, innegablemente, del aprovechamiento de la obra literaria por el historiador, Jover experimentó la soledad no sólo en el propio campo sino también en el ajeno. Muerto prematuramente Salomón, no encontró guías fiables en el país considerado por él como el laboratorio por antonomasia —y casi también con exclusividad...— de los avances historiográficos. Las muchas discusiones que, en punto a una “sociología de la novela”, llenaron la crónica intelectual de la Francia gaullista —con pronto impacto en la Península y sus Archipiélagos—, no acabarían de satisfacerle —más allá de una obligada cortesía académica por el esfuerzo desplegado por sus protagonistas aqueude y allende los Pirineos— por su carácter polémico y un tanto evanescente⁹. Alejado, por razones de formación y, acaso, igualmente de gusto, de las corrientes de la historiografía inglesa colindantes con la crítica literaria británica más cercana a los problemas y necesidades de aquéllas, se sintió en nuestro país muy estimulado y próximo a los especialistas de los grandes novelistas decimonónicos y novecentistas permeados y abiertos a una especial relación con la historia, a la manera de J. A. Fernández Montesinos y, entre los más jóvenes, Andrés Amorós y José Carlos Mainer. La común e intensa devoción por el autor de *Fortunata y Jacinta* adunó un fuerte lazo de penetración intelectual entre el historiador murciano y el crítico literario granadino Fernández Montesinos. Aunque ignoramos si llegaron a conocerse en la última etapa hispana del último, allá por los inicios de los setenta, la simpatía y el reconocimiento de Jover por el primer “galdosista” de su tiempo se expresaron frecuente y calurosamente. Cuando se hallaba acompañado e, incluso, en ocasiones, abrigado por su sombra amiga en las múltiples incursiones por la obra de D. Benito, resulta muy perceptible comprobar la singular fluidez de la pluma joveriana y el animoso

⁹ Cfr. Cuenca Toribio, J.M., *Historia y literatura*, Madrid 2002.

talante que la inspira en los asuntos siempre arduos de las relaciones entre dos complejas y, sobre todo, muy lábiles disciplinas.

Pero ni siquiera en dichos instantes, la sensación de *free lance* e intemperie semeja abandonar la labor denodada de José María Jover por hallar las mejores claves metodológicas cara a la “rentabilidad” historiográfica de la literatura, fuera de los caminos trillados del positivismo más grosero o de un marxismo aquí, tal vez, de aplicación no particularmente “útil”, aparte de los tres o cuatro tópicos esgrimidos, invariablemente, al hablar de la tan traída y llevada, en su época, historia de las mentalidades, por la que la pluma joveriana estuviere imantada durante cierto tiempo, decayendo después en su atención. En las tres ocasiones en que su reflexión sobre la esquivia materia discurrió con mayor latitud —colaboración en la obra por él dirigida *El siglo XIX en España. Doce estudios* (Barcelona, 1974); discurso de ingreso en marzo de 1982 en la Real Academia de la Historia, y la conferencia pronunciada en el Instituto de España diez años después acerca de “La literatura como fuente histórica”—, una cierta desilusión parece imponerse, incluso por encima de su loable y entusiasta voluntarismo, a la hora de intentar establecer un mínimo protocolo, como ahora se dice, o un ligero y provisional estatuto del marco conceptual del empleo más idóneo de las fuentes literarias en el trabajo de los historiadores¹⁰. La rica vena analítica que distinguiera el pensamiento joveriano, y su notoria habilidad y capacidad dialécticas semejan estrellarse finalmente cuando de fijar un discurso metodológico se trate. La autonomía que concediese a entrambas materias y su ahincada convicción de que el empleo de la fuente literaria únicamente se legitima y es fructífera en el quehacer del historiador cuando éste acomete la recreación de un clima mental, un ambiente cultural, un proceso civilizador, y nunca cuando emprenda reconstruir el curso de los acontecimientos políticos y sociales, aparte, quizá, de ser una postura en exceso limitante, deja sin anclaje y acaso, igualmente, sin la requerida definición —idealmente, por descontado— facetas nada desdeñables de la cuestión. No basta o no debe contentarse el investigador acucioso con estimar grandemente las fuentes literarias como expresión insustituible del código de valores de la época en que surge, de los mores y costumbres vigentes en el periodo de su alumbramiento, de la atmósfera, en definitiva, moral y cultural de la etapa en que viviera el novelista o autor en cuestión. Esto es mucho, bien se entiende; pero no suficiente para construir una teoría siquiera jvarizada de las relaciones entre literatura e historia,

¹⁰ Al publicar con variantes y en el mismo año de su aparición el mencionado discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia bajo la forma de libro en la clásica colección Austral de Espasa Calpe, puntualizaba el autor: “El título bajo el cual se publica ahora aquel estudio (*Realidad y Mito de la Primera República*) quizá resulte menos explícito que el que amparó la primera edición; pero expresa mejor el sentido de la investigación, más amplia de lo que dejan ver las páginas que siguen, que llevé a cabo en el año indicado para ver de explicar el contraste existente entre lo que fuera la realidad española de 1873, y la imagen en que tal realidad tomó cuerpo en la historiografía, en la literatura y en la sociedad española de las décadas que vinieron después. Indagar los motivos y las etapas del proceso de mitificación a que responde el contraste indicado fue para mí, durante algunos años, una tarea apasionante, a la que dediqué no poca lectura y esfuerzo”. *Realidad y mito de la Primera República. Del “Gran Miedo” meridional a la utopía de Galdós*, Madrid 1992 (acaso pudiera ser 1995, pues no queda claro en la datación de la obra), p. 34.

en general y del uso de la fuente literaria por la segunda, en particular, para, en fin, Galdosiano el argumentario, en expresión del día —detestable, por lo demás—, de una estrecha cercanía entre las dos, de muy menguado fruto hasta el momento.

Pero, más que glosar tosca y, acaso también, arbitrariamente el pensamiento del gran contemporaneísta, será, sin ningún género de dudas, mejor dejarle a él la palabra, sin cortapisas de espacio por la trascendencia del tema y la excepcionalidad del recurso en estas páginas del texto. “La literatura, fuente histórica. Formular esta reivindicación lleva consigo la necesidad de precisar la peculiar relación que corresponde al historiador con una fuente de caracteres bien diferenciados y específicos con respecto a lo que generalmente suele entenderse por tal. Bueno será comenzar afirmando que, en presencia de la obra literaria, el objeto del interés del historiador es esencialmente distinto del que motiva el interés del crítico literario, del historiador de la literatura. El historiador busca en la obra literaria el testimonio vivo de una sociedad; la manifestación de unas creencias, de unas ideas o de unas mentalidades que el autor refleja y frente a las cuales toma partido, bien directamente, bien a través de sus personajes o de la misma composición argumental. El historiador busca también los contenidos de una comunicación destinada a influir, en mayor o menor medida, el ambiente intelectual y moral en que la obra literaria logra su difusión. El historiador de los tiempos modernos o de la contemporaneidad sólo muy excepcionalmente buscará en la novela, en el drama o en la poesía información acerca del desarrollo real de unos hechos históricos de carácter político. En presencia de los mismos Episodios Nacionales de Galdós, género literario que participa de la condición del relato histórico y del relato novelesco, el historiador no buscará en sus páginas precisiones acerca de la batalla de Trafalgar, de la desamortización de Mendizábal o de la Revolución de Julio (...) Ahora bien, cuando Galdós alcanza en su relato tiempos y experiencias vividos por él, los Episodios cobran carácter de fuente histórica de primer orden al haber sido redactados por un observador excepcional de una sociedad, de las mentalidades respectivas de sus grupos, de las corrientes de psicología colectiva predominantes en una u otra situación histórica, de las formas de vida vigentes en la sociedad de referencia. Es por esto por lo que la serie final de los Episodios generalmente minusvalorada por los críticos literarios, tiene para el historiador el valor de una fuente de primer orden como expresión de las ideas y creencias, de las mentalidades y formas de vida vigentes en la España del sexenio democrático y de la Restauración”¹¹.

En fechas indeterminadas, pero *a fortiori* en el periodo intersecular ulterior a 1992 —año al que pertenece, repetiremos el texto precedente—, Jover volvería sobre lo contenido en él, explicitando la obsesión que para su trabajo constituía encontrar en la fuente literaria la ganzúa que le permitiese acceder a un

¹¹ *Historiadores españoles de...*, pp. 344-45.

territorio imaginado y sentido más que recorrido con rumbo despejado. A la penetración de su fondo hay que añadir el grato sabor de una confianza que, a la vista de la posterior peripecia vital del historiador murciano, semeja revestir el tono de una confesión *sub specie aeternitatis*: “La literatura fuente histórica. Esta afirmación obliga a dejar claros dos principios, supuestos inexcusables para todo historiador que se disponga a hacer uso de aquélla. En primer lugar, algo que ya ha sido apuntado: no hay situación histórica que pueda ser analizada a partir de una sola fuente: cada situación histórica requiere para su veraz entendimiento y reconstrucción, la convergencia de muchos testimonios, de muchos puntos de mira; requiere conjugar fuentes diversas: cuanto más diversas serán, tanto mayores serán las posibilidades de precisión que asistirán a nuestro esfuerzo. En segundo lugar, es bien sabido que el tratamiento de cada tipo de fuente exige la forja de un método adecuado. Hacer uso de la novela como si fuera una narración de intención historiográfica, o como si sus páginas fueran mero “reflejo” o descripción de una sociedad, no sólo no basta, sino que constituye, a mi manera de ver, un camino equivocado; apropiarnos como historiadores, de recursos metodológicos forjados, en función de sus intereses científicos específicos, por filólogos, por sociólogos por historiadores de la literatura me parecen error, una falta de oficio y una falta de imaginación. Confieso que, como historiador, he intentado modestamente, en varias ocasiones, forjar un método que me permitiera poner la obra literaria al servicio de una reconstrucción histórica. Repito: modestamente. No es una concesión retórica; es que carezco de seguridad en lo que he hecho, porque estoy convencido de que son muchos los tanteos aproximativos que es necesario emprender antes de disponer de un método adecuado a la finalidad que señalo”¹².

¹² *Historia, biografía y novela en el primer Sender*, Madrid 2002, p. 189. En el párrafo precedente Jover dejó escrito la que sería, probablemente, su declaración más explícita y completa sobre su experiencia personal del tema que nos viene ocupando en el presente trabajo: “Mis amigos críticos e historiadores de la literatura saben bien que esta audacia intelectual de pretender analizar, introducir y anotar nada menos que *Mr. Witt en el Cantón* no responde a esa tentación de saltar cercados que todos los que nos dedicamos monogámicamente a una sola disciplina sentimos alguna vez. Sino más bien a esa otra tentación, más acorde con las buenas costumbres, que impulsa a buscar el límite, las fronteras reales de aquella parte de la ciencia a que venimos dedicando buena parte de nuestra vida. Más claro: no he pretendido, Dios me libre, suplantarlo oficio de historiador de la literatura o de crítico literario; sino ejercer el mío de historiador a secas, convencido como estoy de que la obra literaria es una fuente de la que no podemos prescindir, una fuente de valor extraordinario en el análisis de cualquier situación histórica. No digo que sea la única ni la principal; harlo trabajo tengo con defenderme de los que propugnan tal exclusivismo para otras fuentes no menos respetables, sean documentos manuscritos o series estadísticas. Digo que todo aquello –inédito o impreso, narrativo o numérico, oral o escrito– que nos ayude a reconstruir verazmente y con rigor científico una situación histórica pasada es una buena fuente; y que el historiador que renuncie de antemano a la inmensa cantera heurística representada por la novela de los siglos XIX y XX –hablo como historiador de lo contemporáneo–, habrá renunciado a una fuente difícilmente sustituible para el conocimiento de determinados aspectos de una sociedad y de una situación: mentalidades, vida material, realidad social de determinadas corrientes ideológicas, etc. Por mi parte, me he resistido siempre y continuo resistiéndome a renunciar a la parte que corresponde al historiador en el análisis de la obra literaria; de la misma manera que aplaudo la decisión de nuestros colegas de las Facultades de Letras, que buscan en la obra literaria cosas distintas de las que buscamos nosotros, de no reducir a historia, o a sociología, una indagación que, desde su punto de vista, ha de tener por objeto preferente los aspectos filológicos y estéticos de aquélla”, pp. 188-89.

Alzado sobre una plataforma doctrinal de más sólida cimentación en su privilegiada inteligencia que la visualizada por el observador superficial, como es el caso de su ocasional comentarista, el análisis concreto llevado a término por la pluma joveriana de episodios relevantes de la vida nacional de los años sesenta y setenta de la centuria ochocentista con referencia permanente a fuentes literarias de calidad sobresaliente, se dibuja impecable. Así ocurre, por ejemplo, con el célebre suceso madrileño en las postrimerías del reinado isabelino, el fracasado pronunciamiento de los sargentos del madrileño cuartel de San Gil y la implacable represión que le siguió. El no menos famoso *Episodio* galdosiano *La de los tristes destinos* será el hilo conductor del comentario joveriano, pequeña obra maestra, como se recordaba ha un instante, y ejemplo de superación imposible en la mencionada parcela, en la que sólo cabe dudar de la sintonía con el público a que primordialmente se destinaba —las alumnas y alumnos del curso Preuniversitario en el ordenamiento del Bachillerato del tardofranquismo—, carente acaso de los recursos indispensables para su comprensión y disfrute.

Pues, en efecto, todo el “comentario de texto” llevado a cabo por Jover —catedrático de Escuela Comercio en la asignatura de Geografía Económica en los inicios de su *cursus honorum* académico y administrativo— rezuma poder evocador, erudición domeñada, pulsión estilística, tensión emocional, insobornable propósito de objetividad al par que de comprensión...; es decir, las cualidades que otorgan instantáneamente sobre el terreno a su afortunado poseedor las patentes de historiador en grado egregio. El error, el azar, el cálculo, el egoísmo, la cobardía, el temor, la insolidaridad se codearon en el triste acontecimiento, como en tantos otros de su misma naturaleza, con la generosidad, el desprendimiento, la valentía, el altruismo y la lógica; y todas estas actitudes se repartieron en unos y otros actores, aunque con proporción y responsabilidad muy diversa. Autor —un joven Galdós testigo ocular de la represión— y escoliasta —un historiador de acendrada prosapia humanista y visión trascendente— estarán contestes en la descalificación de la justicia cosificada y pétrea y en la crítica acerada de las clases bienestantes, al par que en la indisimulada proximidad a los hombres, mujeres y estratos sociales marginados o desahuciados por el *Establishment* —un *Establishment*, el isabelino, por cierto, objeto de una radiografía de impecable *atrezzo* documental y analítico en un estudio posterior de Jover¹³.

En permanente onda con el mundo galdosiano, acaso nunca, empero, esta unión con el novelista grancanario apareciera más trabada y robusta que en el pálpito emocional con que uno y otro describieron a “Rafaela Hermosilla, la Zorrera”, “Generosa”, “Pepa Jumos” y “Erasmus Gamoneda”, cuarteto en el que D. Benito, con

¹³ “Situación social y poder político en la España de Isabel II”, recogido en *Política, Diplomacia y...*, pp. 229 y ss.

el absoluto asentimiento de su comentarista, encarnó de forma casi táctil los valores más salientes del sentimiento del prójimo y la fraternidad del lado del pueblo. Conforme demostrara irrefragablemente la profesora Soledad Miranda García en su tesis doctoral, otros novelistas decimonónicos —empezando, por la cronología al tiempo que por la actitud, por la Fernán Caballero— manifestaron una honda empatía con la profunda vivencia de la ajeneidad del lado de las clases populares, tanto campesinas como urbanas; bien que la de los de posición más conservadora se polarizase en las primeras, aunque no sin excepción, según lo patentiza el ejemplo destacado de D^a Emilia Pardo Bazán en *La Tribuna*¹⁴. Pero aún así, el caso de Galdós —tan frecuentemente denostado por su comportamiento machista en la vida real, con su copiosa y asendereada galería de amores y amoríos— es difícilmente parangonable en la pintura de ese sentimiento popular personificado en su nutrido censo de figuras femeninas, desde Nela a Leré, sin olvidar ni mucho menos a Benigna¹⁵.

Más arriba quedó apuntada la arraigada vinculación del catedrático cartagenero, con su patria chica, lazo silente y, de ordinario, lejos de foros mediáticos. Pero de la intensidad de tal afectión habla el que en una de las fechas más esplendentes de su biografía intelectual —su recepción como miembro de número en la Real Academia de la Historia— eligiera como tema del discurso de ingreso *La imagen de la Primera República en la España de la Restauración*, cuyo torso está formado por los célebres sucesos en torno al Cantón de su ciudad natal. En la copiosa bibliografía —196 notas en un texto de 125 páginas— en la que descansa su interpretación de la República y del, sin duda alguna, más conocido acontecimiento de su breve y accidentado itinerario, autores y referencias literarios aventajan con largueza a cualesquiera otros. De nuevo Pérez Galdós se eleva en ella con la primacía más incontestable, incluso a la hora de analizar el episodio cantonalista, en el que ni siquiera su muy apreciado Ramón J. Sender rivaliza en ningún momento con él.

Tras desvenar con buido escalpelo y admirable movilización de fuentes secundarias las incontables ramificaciones de la imagen de la Primera República en la conciencia y el imaginario colectivo de la etapa finisecular, Jover explicará con detenimiento la tesis de su discurso, casi toda ella situada en terreno literario. Convertida ya durante dicho periodo en España en la principal manifestación de la cultura burguesa —una cultura en la que se integran plenamente las clases medias urbanas—, la novela del último tercio de siglo —en floración inigualable— se ocupa profusamente de la experiencia republicana con una instantaneidad hasta entonces desconocida en los meridianos nacionales. Confesadamente o no, advertidos de su

¹⁴ Miranda García, S., *Religión y clero en la gran novela española del XIX*, Madrid 1983. "Inédito, aunque próximo a su publicación, se encuentra un estudio sobre el *El mundo social de la "Tribuna"* de Emilia Pardo Bazán, que he ampliado al hilo de un curso de doctorado impartido en la Universidad Complutense (Facultad de Geografía e Historia)", dirá Jover de una monografía que, desgraciadamente, no llegó a la imprenta. *Cfr., Realidad y mito...*, p. 34.

¹⁵ Miranda García, S., *Pluma y altar en el XIX. De Galdós al cura Sta. Cruz*, Madrid 1984.

importante rol social a la hora de forjar la opinión pública en un país políticamente inerte y deturpado, los autores de la Generación del 68 (con evidente distorsión, incluimos dentro de ella al aragonés valencianizado Vicente Blasco Ibáñez, nacido en 1867) plasman en varias de sus obras la imagen estereotipada de un régimen con pésimo eco en el “país oficial” y en todo su vasto entramado institucional¹⁶.

NOVELA Y RECONSTRUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA: DE GALDÓS A SENDER

En dicha novelística verá Jover conjugado con singular perfección el binomio a cuyas relaciones y diálogo entregara gran parte de su dedicación profesional. La narrativa surgida de la pluma de Galdós, Blasco, Pardo Bazán o Clarín se ofrece como un ejemplo esclarecedor de la doble función que ejerce de sólo la fuente literaria: expresión veraz y trascendente de la mentalidad de la sociedad en que brota, de cuyas creencias y estado de espíritu informa de modo en extremo importante; y complemento, a las veces, no insignificante y sí valioso, del relato historiográfico establecido por lo que ya comenzaba a denominarse la Academia. Hasta la siguiente fase republicana, una vez derrumbada la Monarquía de Sagunto, ningún otro ciclo de la contemporaneidad nacional sería objeto de referencia tan intensa y, singularmente, inmediata por parte de su novelística. No por azar, adentrado ya el régimen del 14 de abril, uno de los narradores españoles posteriormente de mayor audiencia mundial, el oscense Sender, volvería en peregrinación al hontanar más prístino de la ideología y la historia del republicanismo popular en compañía de un inglés —Jorge Witt— y una española —Milagritos Rueda—.

Pese a las sorprendentes correrías de la mente y la fuerza inventiva de la imaginación de los novelistas pura sangre, es difícil pensar que al redactar, promediado el otoño de 1935, Sender su famosa novela creyese que medio siglo adelante *Mr. Witt en el Cantón* tendría un comentarista historiográfico de la envergadura de José María Jover, cartagenero, por añadidura, por los cuatro costados. Más verosímil, por el contrario, resulta que éste albergara desde la adolescencia la esperanza de

¹⁶ En la edición de Espasa Calpe, dicho aparato crítico se redujo un poco.

¹⁷ Caso muy sorprendente, como es sabido, será el D. Armando Palacio Valdés, quien vivió con especial intensidad ideológica el Sexenio y los inicios del canovismo: “(...) quizá sea el momento de formular una observación que hemos de tener en cuenta al estudiar el *político* en la obra de Palacio Valdés—. Sabemos que sus novelas están centradas generalmente en la época de la Restauración y por ello tienen valor de testimonio en relación con la sociología política de la misma. Ahora bien, conviene señalar la escasa precisión cronológica de D. Armando cuando se trata de situar en el tiempo unos hechos políticos reales que él utiliza como materia novelística; y ello en virtud de un impulso más o menos consciente de colocarse al margen de todo compromiso con el mundo de la política: la indeterminación cronológica comporta y significa, en efecto, automarginación de los hechos relatados. Recuérdese al respecto la aparición en *Riverita* de una mención a la matanza de los sargentos del Cuartel de San Gil (1866), que para D. Armando hubo de ser necesariamente —como lo fuera para su generación— un evento de recuerdo imborrable y que el novelista sitúa arbitrariamente, porque así conviene a la ilación de su trama, a finales de los años cuarenta.” Gómez Ferrer, G., *Palacio Valdés y...*, pp. 171-72.

emprender un día tan placentera labor, intensificada desde que su instalación en Madrid espolease a menudo la nostalgia del mundo de su infancia y pubertad. En vista del hercúleo trabajo de erudición desplegado por Jover en la edición crítica de la obra de R. Sender y la emoción tremente que la impregna desde la cruz a la raya, sus lectores están autorizados por completo para creer que buena parte de la navegación profesional del catedrático murciano no fue más que una larga espera para afrontar con todas las garantías de éxito tan importante envite¹⁸.

Desde el primer momento hasta la última línea del muy dilatado estudio introductorio —149 páginas—, el lector tiene la seguridad de contemplar un espectáculo insólito en tal género de estudios, pues el glosador semeja poner más o, al menos, igual vida y emoción que el autor en las idas y venidas de los agentes de la narración, así individuales como colectivos. E, incluso, no pocas veces la identificación con los personajes semeja ser mayor del lado del escoliasta que del autor. Conforme acaba de decirse, en muy infrecuentes ocasiones es dado en tareas de la mencionada índole asistir a una lucha de poder a poder entre dos plumas de inigualable perspicacia y capacidad de reviviscencia, muy prestas, además, a dejarse invadir —zarrastrar?— por un sentimiento de arrebatada pulsión de idealidad y simpatía por un pueblo con nombres y apellidos en el trasunto de la ficción a la realidad. Si veinte años atrás, el enfrentamiento crítico con uno de los *Episodios* galdosianos más emotivos y terebrantes supuso para Jover dar cuenta y razón de su devoción por la obra del escritor canario y, al mismo tiempo, su rendida entrega a la España del XIX, ahora su segunda y última gran tarea de apostillar historiográficamente un texto conspicio de nuestra literatura contemporánea comportará una cita mayor en su destino personal y académico¹⁹.

Bien que el proceso de la creación artística e intelectual —y, muy probablemente, de toda creación— sea *per naturam* misterioso e intransferible, cabe creer que, al pergeñar las líneas de fuerza de su introducción a la novela senderiana, el

¹⁸ 242 notas constituirán el aparato documental de la introducción joveriana al texto senderiano, que recibirá también de su editor cartagenero el beneficio de más de doscientas bien cuidadas notas aclaratorias y bibliográficas: R.J. Sender, *Mister Witt en el Cantón, Edición, introducción y notas de José María Jover*, Madrid 1987.

¹⁹ Con plausible modestia dirá, sin embargo, acerca de la dificultad de la empresa en un parágrafo que viene a ser una sincopada pero completa teoría acerca de la plasmación efectiva del encuentro de un historiador con una obra literaria: “Desearía advertir de antemano que no entiendo por “lectura histórica” de esta o de cualquier otra novela una lectura atenta de los contenidos históricos explícitamente insertos en la narración (...), con objeto de contrastar sus fuentes, su grado de veracidad, el punto de vista asumido por el narrador, etc. Sino que, dando al enfoque histórico de referencia una pretensión más radical y amplia, entiendo por tal una lectura encaminada a relacionar cada uno de los principales temas que componen el conjunto de la narración, tanto con la situación histórica real en que se gesta y se redacta la novela como con la misma experiencia biográfica del autor. El empeño es ambicioso, y no siempre, ni en presencia de toda obra literaria, resulta fácil sacarlo adelante. Creo, sin embargo, que en el caso de la novela que el lector tiene en las manos el punto de vista indicado se ofrece como especialmente sugestivo y fecundo, tanto por la complicidad argumental del relato (que permite multiplicar los puntos de amarre con respecto a sendas realidades histórica y biográfica) como por esa complementariedad que se da en el primer Sender entre el compromiso político y la condición de hombre de letras...”, p. 47.

catedrático murciano tenía ante sí el ejemplo perfecto del carácter y valor de una fuente literaria. No obstante la, en términos generales, verosimilitud y hasta exactitud históricas del fresco pintado por un Sender, para el que el contexto cronológico no será nunca una atadura ni una rígida meta, su obra es singularmente elocuente y, quizás, insuperable respecto del clima en que se desenvolvía en la España del bienio “negro” o gilroblista una franja considerable del vasto movimiento anarquista, entonces en una de sus pleamares, pese a la represión gubernamental desatada tras el fracaso de la sangrienta revolución octubre de 1934²⁰.

Únicamente una pluma tan provista de erudición y sensibilidad como la joveriana podía aprehender los hilos entrecruzados en la génesis y argumento de *Mr. Witt en el Cantón*. El fervor exaltado en la causa ácrata que desborda las páginas de *Siete domingos rojos*, se represa y encauza en el libro por el que a su autor se le otorgase el Premio Nacional de Literatura 1935. Destino individual y colectivo inspiraron el parto de la novela, según pone al descubierto Jover, en una muy delicada operación de taracea analítica, cómo la entrada del escritor oscense en una fase crucial de su existencia —matrimonio seguido de descendencia— amortiguará su ardor militante, acercándolo a la postura de los Treintistas, al imaginar un futuro republicano en el que la CNT fuera un decisivo protagonista institucional. Esta mutación ideológica —variante de un fondo intacto— se proyecta con patencia en *M. Witt en el Cantón*, en la que los héroes y militantes obreristas se dibujan con una pátina cercana al reformismo radical, con exclusión absoluta de violencia y sangre, como, por lo demás y conforme resulta asaz conocido, fue la propia realidad cantonal cartagenera. La novela senderiana informará así de una corriente bien visible en la deriva anarcosindicalista durante los meses en que el escritor aragonés diera forma a su texto, antes de escribirlo al dictado a su propia mujer, excelente mecanógrafa... Las vicisitudes de la Segunda República encuentran, en la narración senderiana sobre la versión cartagenera de la Primera, un elemento de aproximación historiográfica de orden relevante, aportado por la pluma de uno de los principales novelistas de la España del siglo XX. La trascendencia del testimonio, como bien semeja intuir su buido y férvido glosador —se volverá a repetir—, no descansa en su exactitud factual o erudición alquitarada, sino en la compenetración cabe decir congenial, “numérica” del escritor con el instante climatérico que, un año después de la revolución de Octubre, en la Europa de los totalitarismos atraviesan el más poderoso movimiento sindical y obrero anarquista de todo el viejo continente y la principal fuerza proletaria de España. Aprovechada la experiencia asturiana, en el clima mesiánico, enfermavorecido y aterrorizado que siguiere a la conquista del poder por los nazis, ¿por qué no podía el cenetismo hispano acometer la quijotesca aventura de implantar un nuevo orden basado en la utopía de la fraternidad universal...? El temperamento, los genes, la idiosincrasia, la voluntad y la aspiración se maridaban con insólita armonía

²⁰ Vid. Cuenca Toribio, J.M., *Ocho claves de la historia española contemporánea*, Madrid, 2ª ed, 2004.

en la pluma equinoccial de Sender para visionar el advenimiento de una “quimera de oro” de talante tan ético como profundamente hispano. La fuerza literaria del fenómeno es tal que su entregado comentarista habrá de hacer un ejercicio de rigurosa y estricta profesionalidad para no ser succionado por este remolino único de pulsión ideológica, pasión sentimental y vigor artístico. A manera de compensación, le ofrecerá el exvoto de un análisis privilegiado por su extensión y acuidad²¹.

No contento con haber dedicado tan extenso estudio preliminar a la novela senderiana, urgido de una nueva cita con la obra que era al mismo tiempo el reencontro con la infancia de un historiador septagenario si no octogenario —el libro se acabó de imprimir el 11 de octubre del 2002—, Jover dio a la estampa en dicha fecha su última monografía: *Historia, biografía y novela en el primer Sender*. Conforme era obvio, buena parte de su texto reproduce literal o aproximativamente una ancha porción del ya tantas veces citado estudio preliminar de 1987. No obstante, hay pasajes e incluso parágrafos completos de nuevo cuño, al igual que otros explayan afirmaciones y puntos de vista expuestos con concisión a las veces extrema en el mencionado estudio de un quindenecio atrás. Venturosamente, esta recalada en el tema sirvió al autor para dar expresión última y alquitarada a casi todas las cuestiones relacionadas con el tema que nos ocupa en estas páginas. De ahí, que se esté tentado de reproducir casi *ad integrum* esta versión postrera y definitiva del estudioso cartagenero sobre de tales extremos, con muy sucinta glosa a cargo de su atrevido y coyuntural escoliasta. Por descontado, y a causa de mil razones, no va a ser así.

Pese a ello, quisiéramos detenernos en algunos de sus más tentadores extremos. Desde la óptica del comentarista, el más resaltante quizá descansa en el testimonio de primer orden que, cara a la indagación de la crisis española del siglo XX, aporta el análisis joveriano. Rebasado el umbral de la senectud, un descollante historiador testigo —¿y víctima?— de ella reconstruye, desde su mirador madrileño, el mundo murciano perdido o aventado por el desencadenamiento de la tragedia del 36. De aquí, que la reflexión sobre la obra senderiana se torne, en amplios tramos de su análisis, en una aportación de calidad suma al universo histórico que vivificó y enmarcó *Mr. Witt en el Cantón*. La búsqueda del tiempo perdido por la pluma joveriana se dobla con la llevada a cabo por Sender, aumentando exponencialmente el valor historiográfico de la evocación de un universo que, para el historiador murciano, no había alterado constitutivamente su arquitectura humana y “contextual”; la “atmósfera”, dirá un Jover, que, por el camino de las confidencias “explicativas”, escribirá: “(...) evoco la

²¹ Desde el primer momento de la expresión de sus recuerdos de los años que precedieron a la guerra civil, Sender insistiría machaconamente en su premonición absoluta de la contienda y en que ella fue el último resorte de su decisión de escribir la novela. Aparte de que tales evocaciones retrospectivas son, por su misma esencia, siempre literaria y, sobre todo, historiográficamente muy dudosas, ello no se opone en nada al aírón libertario y al mensaje redentor ácrata de la novela. Sobre los barruntos de enfrentamiento civil de Sender y la génesis de su obra, *vid.* las acotaciones joverianas, pp. 39 y ss.

memoria de mi padre, José Jover Pellicer, nacido en Alcantarilla (Murcia) en pleno verano cantonal, y la de mi abuelo materno, José Zamora Sandoval, que vivió en mi ciudad natal, Cartagena, el levantamiento, el asedio y las bombas del 73”²².

Al lado de tan novedosa materia, es claro que cualquier revisita de los temas apuntados o desarrollados en el estudio introductorio y en otros escritos del eminente catedrático madrileño será difícil que eluda el peligro de la reiteración e incluso, en las toscas manos del audaz exegeta presente, el cansancio. Un análisis aun más perfilado de la postura de Sender frente a la historia del alzamiento cantonalista como estación principal del movimiento anarcosindicalista, de los cronistas coetáneos y posteriores de sus principales hitos así como de cuestiones de mayor calado teórico acerca de la naturaleza del saber historiográfico y de los “préstamos” hechos a él por la literatura, junto con otras cuestiones similares, encuentran ancho y despacioso curso en los tres capítulos que componen el último libro salido de la pulcra pluma joveriana, en los que, en ocasiones, su lector cree advertir cierto aire testamentario, dato acrecentador del valor de su enjundioso contenido.

BALANCE PROVISIONAL

Solicitado por otros menesteres historiográficos y académicos, José María Jover abandonó el estudio del tema abordado en el presente trabajo en el último tramo de su vida activa. En puridad, se estaría obligado a decir relegado mejor que marginado. En los escritos de la postrera etapa de su existencia —articulados en torno a la investigación y análisis *de facto* exclusivos de todo lo que no atañese al mundo de las relaciones internacionales— apenas encontrase un resquicio para introducir, con propiedad, alguna nota o alusión al planeta narrativo, no desaprovechaba la oportunidad para hacerlo. Igual acontecía cuando, en sus muy espaciadas participaciones en actos y celebraciones académicas y culturales, se le brindaba la ocasión para tratar, siquiera tangencialmente, del tema, quizá, cultivado con mayor predilección en su “jardín secreto”. Así, *verbi gratia*, sucedería en su intervención en Santander en una tribuna crítica de la Universidad Menéndez y Pelayo acerca de la obra *A qué llamamos España*, de Pedro Laín Entralgo, uno de los *dii maiores* de su juventud y a quien tuviera siempre en la más alta consideración intelectual y humana. Acordes en tantos extremos de su partitura vital, la devoción y el conocimiento por la gran literatura española contemporánea —de la que el autor de *Españoles de tres generaciones* extrajo igualmente no poco fruto para muchas de sus obras— reforzaron su ejemplar amistad²³.

²² *Historia, biografía y novela...*, p. 191. Pese al tiempo transcurrido y, en especial, a ser una obra de juventud presta aún valiosos servicios el estudio del sobresaliente contemporaneista murciano, Vilar Ramírez, J. Bta., *Bases sociales y económicas del Cantón murciano*, Madrid 1973.

²³ *Historiadores españoles de...*

Queda igualmente, en el momento de glosar una porción esencial de la obra joveriana como la que aquí nos ocupa, por conocer a ciencia cierta qué parte de sus inéditos se consagra a esta temática, ya sea parcial o íntegramente. De algunos de los libros en fáfara o, por el contrario, ya muy encetados por él y mencionados reiteradamente en sus textos finales, es legítimo deducir que el gran asunto de la literatura y sus ligámenes con la historia tendrá presencia ostensible en su transcurso. Es muy probable —y por ello hacemos votos tan modestos como vehementes— que en meses venideros familiares y discípulos del eximio contemporaneísta desvelen por entero tal hipótesis, con la deseada edición de un material al día inédito.

La espera —acezante— de tal aclaración no es, sin duda, obstáculo para que muchos de los lectores de la obra joveriana más interesados por la temática de las actuales líneas se hayan preguntado, a la vista de su constante preocupación por ella, si en algún momento tomó postura frente a otra materia casi indesligable con la mencionada. ¿Reflexionó, efectivamente, José María Jover sobre la inclusión de la Historia en el concepto y área de las Bellas Artes más que en el campo de la Ciencia propiamente dicha? Asunto, conforme es asaz sabido, recurrente en el plano epistemológico, en el que los científicos experimentales se resistieron y resisten aún a dar carta de naturaleza a la disciplina historiográfica y que nunca ha dejado de tener actualidad entre las *quaestiones disputatae* del pensamiento y el ordenamiento de los saberes. Durante la época más recorrida por las investigaciones del contemporaneísta murciano, el tema se privilegió por una atención muy singular de los grandes intelectuales, sin que ninguno dejara de concurrir a una palestra abrigada por sus conocimientos y agudas propuestas en cuestión ciertamente ardua. Menéndez Pelayo, Valera, Pirala, Clarín, Giner de los Ríos, Cánovas, entre otras figuras no menos sobresalientes, terciaron en la controversia, decantándose mayoritariamente en pro del carácter eminentemente artístico de la Historia, colocada por los antiguos bajo el patrocinio y égida de la musa Clío. Luego, en una coyuntura especialmente propicia para la exaltación de la ciencia “pura” como la del auge del positivismo en el periodo intersecular, la posición humanista de la etapa precedente quedó orillada, sin que por ello se asistiera a la concesión, por las elites universitarias y académicas, a la disciplina de un estatuto de mínima “cientificidad”. Ulteriormente, pasada la primera guerra mundial, el tema retornaría con fuerza a los programas y aspiraciones de gran parte de la comunidad historiográfica, encontrándose indeficientemente frente al muro colocado por los científicos experimentales. Referencia tan conocida era, sin embargo, obligada por cuanto Jover glosó paso a paso la trayectoria de la cuestión, con declarada y granítica postura en pro del carácter medularmente científico de la labor historiográfica. Lecturas y amistades y afinidades ideológicas le mantuvieron en la edad madura en el terreno intelectual más partidario de esta adscripción de la disciplina que tuvo en Herodoto al primero de sus eminentes cultivadores. Alto y claro habló y escribió varias veces para dejar bien manifiesto su talante y entonar la encendida apología del oficio de historiador con un estatuto pertrechado de todas las garantías científicas.

Tal posición no impidió, naturalmente, a José María Jover prestar una atención alzaprimada al vehículo expresivo del relato histórico, de evidente connotaciones artísticas, extremo al que por educación y temperamento fue singularmente sensible. El lenguaje de la Historia fue cuestión batallona en sus enseñanzas a unos alumnos afectados progresiva e incoerciblemente por el deterioro de los saberes humanísticos en las aulas del Bachillerato y la Universidad; y es lástima grande que la enfermedad que condujo a su desaparición le imposibilitara, conforme ya se registró, de echar su cuarto a espadas en la áspera y crucial controversia respecto del “giro lingüístico” y sus incidencias en la marcha de la vieja disciplina de Clío.

A manera de coda sería, tal vez, oportuno esbozar un tema que habrá revoloteado en el ánimo de no pocos lectores del gran historiador objeto, en la presente publicación, de uno de los muchos homenajes a que su figura es acreedora. ¿Fue el propio José María Jover un literato, un escritor de genio? La respuesta afirmativa más rotunda se desprende de casi todas las páginas entre las miles que diera a la estampa. Contrariando su pasión por los matices y los tonos de la gama gris, es exacto sostener los sobresalientes valores de justeza, variedad y belleza que, sin desmayo alguno de relieve, adornaron su pluma, muy dotada para toda suerte de registros y acentos en la narración así como en la teorización de complejos problemas doctrinales. Más propensa por herencia e idiosincrasia a la pulsión barroca, su prosa se reviste igualmente, llegada la ocasión, del aticismo más pulcro. En un tiempo, su honda inmersión en la cultura germana prestó a sus escritos una envoltura a las veces algo laberíntica si no farragosa, por la loable finalidad de no dejar ningún cabo suelto y encerrar en una sola frase o en un único párrafo asuntos *per se* complejos y de difícil proceso analítico. Nota esporádica de un segmento de su vida intelectual, toda ella presidida por la claridad mental y el rigor y brío expositivos.